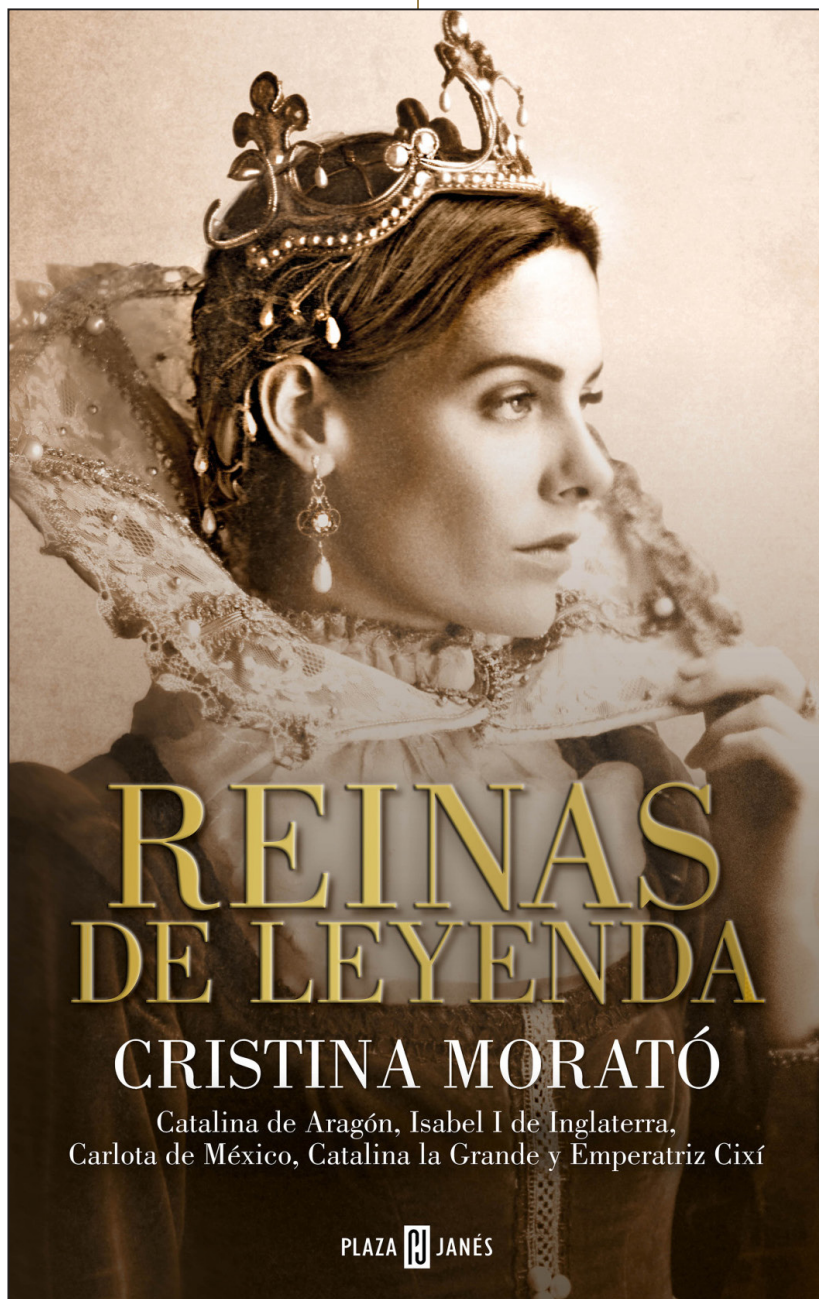




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

EL LIBRO

Catalina de Aragón, Isabel I de Inglaterra, Carlota de México, Catalina la Grande y la emperatriz Cixí son las protagonistas de *Reinas de leyenda*. El nuevo libro de Cristina Morató descubre las vidas de cinco mujeres que llevaron sobre sus cabezas las coronas más importantes de su época y cambiaron el curso de la historia.

Catalina de Aragón —hija de los Reyes Católicos y esposa de Enrique VIII— que asumió con gran dignidad la corona británica; Isabel I de Inglaterra, «la Reina Virgen» —hija de su rival Ana Bolena— quien además fue gobernadora suprema de la Iglesia de Inglaterra; Catalina la Grande, la princesa alemana que llegó a ser emperatriz de Rusia y una de las regentes más poderosas de su tiempo; Carlota de México, la primera

dirigente mujer del país; y la emperatriz Cixí, que gobernó con mano de hierro, oculta tras las cortinas de la Ciudad Prohibida, y se convirtió en artífice de la China moderna, son las compañeras de viaje de la periodista y escritora que, una vez más, va más allá del relato oficial.

La autora que mejor ha reflejado el papel de las mujeres en diferentes ámbitos, nos descubre la cara menos conocida de cinco soberanas que transformaron el mundo y se rebelaron contra las reglas impuestas por su sexo. Se adentra con inteligencia y fina intuición en la verdad de estas mujeres y nos muestra qué se oculta tras la máscara impuesta por los tiempos y la sociedad en que vivieron.

Cinco mujeres que gobernaron en un mundo de hombres. Y lo hicieron desde su feminidad.

LO QUE LOS RETRATOS NO CUENTAN...

Los retratos oficiales las muestran ataviadas con suntuosos vestidos y cubiertas de joyas que ocultan unas vidas marcadas por las desdichas y las tragedias personales. Juan de Flandes, Marcus Gheeraerts, Fiódor Rókotov... Muchos fueron quienes pudieron observar sus rostros y plasmarlos en un lienzo. Pero ¿qué misterios se ocultaban tras sus miradas? Ninguna tuvo una vida fácil. Por ser mujeres estaban condenadas a ser desposadas atendiendo a intereses políticos, a tener hijos, a vivir a la sombra de sus maridos, a ser controladas por asesores varones, a vivir humillaciones, a no conocer el amor... Muchos fueron los intentos por convertirlas en títeres. Pero estas reinas, con su fuerza de voluntad, cambiaron el rumbo de su destino, y el del mundo.

Algunas de ellas se encontraban lejos del trono al nacer, pero consiguieron ceñir la corona por derecho propio y no por matrimonio. Isabel I de Inglaterra, hija de Ana Bolena, pasó de ser una princesa bastarda a dar nombre al

glorioso siglo en que reinó; Catalina la Grande no dudó en ponerse al frente de un ejército para derrocar a su esposo y dirigir con mano firme el imperio ruso, mientras que la emperatriz Cixí entró en la Ciudad Prohibida como concubina y gobernó China oculta tras una cortina de seda. Hubo también reinas marcadas por la fatalidad que sobrevivieron en un mundo de intrigas: Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos y primera esposa de Enrique VIII, fue una de las soberanas más amadas de Inglaterra. O la infeliz Carlota de México, una joven y culta princesa belga que se convirtió en emperatriz de México y perdió la razón tras el asesinato de su esposo, Maximiliano de Habsburgo.

Déspotas, libertinas, desalmadas, arpias, locas... Son solo algunos de los adjetivos que engrosaron la leyenda negra de estas cinco soberanas. La defensa contra ellas en un mundo de hombres en el que destacaron por encima de todo, a pesar de ellos. Ha llegado la hora de hacerles justicia...

CATALINA DE ARAGÓN, NACIDA PARA REINAR (1485-1536)

Nació en Alcalá de Henares y fue bautizada en honor a su bisabuela, Catalina de Lancaster. Con la piel muy pálida, mejillas rosadas, cabellos cobrizos y ojos azules, parecía más una delicada joven inglesa que española. Una joven culta, sensible, reflexiva, devota y muy madura para su edad que siempre se miró en el espejo de su madre, Isabel I de Castilla.

«Entre madre e hija siempre hubo una relación muy especial, no solo por el gran parecido físico que existía entre ambas sino por la similitud de caracteres...»

Por ser hija de los Reyes Católicos, formó parte de la engrasada política dinástica dirigida a fortalecer las coronas de Castilla y Aragón, y fue víctima de las intrigas y rivalidades entre su padre y el rey Enrique VII, que amargaron su existencia durante años. Su primer matrimonio concertado fue con Arturo, príncipe de Gales —el día de la boda, 12 de noviembre de 1501, él tenía 14 años y ella 15— quien murió meses después sin haber consumado el matrimonio, cuestión de vital importancia en

los años venideros. Después se casaría con el hermano pequeño, Enrique VIII, cinco años menor que ella. Un hombre apuesto y corpulento a quien amó y por quien fue amada.

«En sus primeros años de matrimonio Enrique encontró en Catalina además de una esposa ejemplar a una brillante asesora y mediadora. Era tranquila, prudente y con más experiencia que él. Había estado sometida muchos años a su padre y a su suegro, pero tras su serena fachada se escondía una mujer de carácter fuerte, con destreza diplomática y extremo tacto en el manejo de los asuntos políticos. Enrique, a su lado, se comportaba como un muchacho soñador, impulsivo y bastante ingenuo a quien le aburrían los asuntos de gobierno. La reina, aunque de manera no oficial, se había convertido en uno de sus asesores más influyentes y en los años iniciales de su unión alcanzó un gran poder en la corte. Pronto iba a demostrar que también había heredado de su madre las cualidades de buena estratega y su capacidad de mando».

Durante un periodo en que su esposo viajó al puerto de Calais, desde donde lanzaría su campaña contra los franceses en 1523, Catalina tuvo que afrontar un peligro inesperado: los escoceses, aliados de Francia y liderados por el rey Jacobo IV, invadieron el norte de Inglaterra. Ella se lanzó en cuerpo y alma a la defensa del país y venció.

La felicidad no duró mucho y el rey se encaprichó de Ana Bolena. Ahí comenzó el suplicio de Catalina, quien al negarle la nulidad del matrimonio fue víctima de una durísima persecución. Pero ella luchó hasta el final por su corona y por hacer valer la legitimidad dinástica de su hija, María Tudor. Humillada, separada de su hija, apartada de la corte y convocada frente a un tribunal acusada de haber mentido sobre la consumación de su primer matrimonio, Catalina jamás perdió su entereza ni el cariño del pueblo. Llegada la hora de comparecer en el juicio organizado por el rey se presentó vestida de luto. Al llegar su turno de palabra, se dirigió con enorme dignidad hasta donde se encontraba su esposo, se arrodilló ante él y pronunció un discurso que ha quedado para la Historia:

«Señor, os imploro por todo el amor que ha existido entre nosotros, y por el amor de Dios, que se haga justicia conmigo. Tenedme un poco de compasión, pues soy una pobre mujer y una extranjera nacida fuera de vuestros dominios. No tengo aquí amigos seguros, y mucho menos un consejo imparcial. Señor, ¿en qué os he ofendido o qué motivo os he dado para que me retiréis así vuestra amistad y vuestra gracia? He sido una esposa sincera, humilde y obediente, siempre conforme a vuestra voluntad y placer. Y siempre me he sentido complacida y satisfecha con todas las cosas que os procuraban deleite, ya fuese mucho o poco. Nunca he protestado con palabras o gestos, ni he mostrado semblante ni atisbo de descontento... En estos veinte años o más he sido vuestra esposa y he traído al mundo varios hijos, aunque la voluntad de Dios fue llevárselos de este mundo, lo cual no es culpa mía... Cuando me tomasteis por primera vez, y pongo a Dios por testigo, era una doncella sin mácula. Y que sea cierto o no, lo dejo a vuestra conciencia. Ahora os solicito humildemente que me ahorréis sufrir este nuevo tribunal... Y si no lo hacéis, a Dios encomiendo mi causa...»

ISABEL I DE INGLATERRA, LA SOLEDAD DEL PODER (1533-1603)

Hija de Enrique VIII y Ana Bolena, Isabel recibió una formación completa y rigurosa que pronto hizo de ella una joven seria, muy madura y de una inteligencia excepcional. Vestía como «una pequeña adulta»: desde muy niña llevaba corsé, ballenas, faldas y vestidos de pesadas telas y cuellos rígidos, además de recargadas joyas. Su personalidad fue tal que marcó una época.

«Catalina Parr (última esposa de Enrique VIII) se opuso firmemente a que la joven abandonara sus estudios y la princesa continuó su formación con los mejores profesores universitarios de Cambridge. Los elegía la reina en persona y no por casualidad eran todos protestantes. La precoz erudición de lady Isabel sorprendía a sus propios tutores. Con el fin de agradar a Catalina, en Año Nuevo ella misma tradujo a tres idiomas —francés, italiano y latín— un manual religioso que la soberana publicó titulado “Plegarias y meditaciones”.»

Su padre, que había mandado decapitar a su madre y siempre ansió tener un heredero varón, lo logró con Juana Seymour, pero el príncipe de Gales fue un niño enfermizo que ascendió al trono con nueve años y murió seis después, lo que provocó una importante crisis sucesoria que acabó desembocando en la coronación de María Tudor y posteriormente en la de Isabel, tras ser reconocida como sucesora al trono por su hermanastra. Pero las potencias católicas consideraban a María Estuardo la reina legítima de Inglaterra e Isabel tuvo que desarrollar sus grandes dotes políticas y diplomáticas para sortear los peligros derivados de las alianzas de intereses entre las distintas coronas europeas. Finalmente, Isabel firmaría la ejecución de la escocesa, no sin antes intentar otras salidas.

«Isabel se vio enfrentada al más duro dilema de su reinado. Durante seis largos meses intentó retrasar la ejecución de María Estuardo a pesar de las presiones

que sufría por parte de los miembros del Parlamento y del pueblo inglés que exigía acabar con la “peligrosa bruja de Escocia”. No solo le angustiaba que el asesinato de una reina extranjera sentara un fatal precedente, sino que temía la reacción de las potencias católicas como Francia o España. Ante esta responsabilidad Isabel llamó a su secretario Walsingham y le dijo fríamente que la mejor salida sería hacer desaparecer a su sobrina de manera discreta. Le pidió que contactase con su carcelero Amyas Paulet para ordenarle en su nombre “acabar con la vida de su prisionera en su celda para evitar el gran peligro que supone para Su Majestad en cada instante que esa reina viva”. Pero él se negó a obedecer a su soberana por motivos de conciencia. Cuando Isabel se enteró exclamó indignada: “¡Cuánto me cansan estos servidores delicados y escrupulosos, que todo prometen, y luego no cumplen nada, echando a una la carga a la espalda!”. Finalmente fue la propia María Estuardo quien, harta de luchar y esperar, tomó la decisión por ella...»

Pese a las presiones que recibió desde su llegada al trono para casarse y concebir un heredero, Isabel no ligó su destino al de ningún varón y murió soltera. Y aunque vivió apasionados romances, el pueblo le dedicó el sobrenombre de Reina Virgen.

«Para su círculo más cercano Isabel no era un ídolo ni la viva encarnación de la Virgen María, sino tan solo una mujer llena de contradicciones. Sus consejeros temían su franqueza y sus bruscos arrebatos de cólera. William Cecil recordaba

que sus accesos eran tan terribles como breves: “Cuando ella sonreía, era como el sol brillando en el cielo; todos se sentían reconfortados. Pero pronto se formaban nubarrones y caía el rayo de improviso sobre todo el mundo, sin excepción”. También había heredado el gusto de su padre por el lenguaje vulgar y los gestos soeces. Isabel juraba, escupía en el suelo, daba puñetazos en la mesa y podía romper a carcajadas cuando estaba contenta: “Tengo cóleras de leona”, confesó en una ocasión.»

La mujer que afrontó la gran reforma monetaria para sacar a su país de la recesión y derrotó a la Armada Invencible, fue una reina poderosa al frente de un Imperio. Una reina que nunca se separó de su anillo de coronación, una preciosa joya de oro, rubíes y diamantes que escondía un secreto en su interior: dos retratos en miniatura, uno de Isabel en su juventud y el otro de una mujer con capucha francesa, Ana Bolena. Pese a haber sido separadas de manera cruel en su infancia, Isabel siempre llevó a su madre en el corazón. Una reina que siguió gobernando después de su muerte...

«En la madrugada del 24 de marzo de 1603, a los sesenta y nueve años, Isabel Tudor se despidió del mundo no sin antes nombrar, entre susurros, a su sucesor, Jacobo I de Inglaterra, el hijo de María Estuardo, la misma a quien mandó ejecutar. Con este último golpe de gracia la reina sellaba una época y el fin de la dinastía Tudor que durante más de un siglo había gobernado en Inglaterra.»

CARLOTA DE MÉXICO, UNA CORONA ENVENENADA (1840-1927)

Hija del rey Leopoldo I de Bélgica y Luisa María de Orleans, fue llamada Carlota en honor a la primera esposa y gran amor del rey viudo. Su padre quiso que fuese educada de manera estricta, sin distinción con sus hermanos varones. A diferencia de otras princesas de su época, la niña recibió una formación muy completa que incluía latín, historia, geografía, matemáticas, literatura, caligrafía, dicción, oratoria y catecismo. Tenía mucha facilidad para los idiomas y llegó a hablar con fluidez inglés, francés, alemán, italiano y español. Heredó de su madre la pasión por la lectura y siempre mostró gran interés por cuestiones sociales y políticas.

Cuando conoció a Maximiliano de Habsburgo, la joven se enamoró de él, y aunque el flechazo no fue recíproco —las malas lenguas dirían que estaba enamorado de su cuñada, Sissí— se casaron, ya que Carlota se ajustaba a la perfección a los cánones de la corte austríaca. Pero la joven acabó por sentirse sola: su marido cada vez se ausentaba más y, a pesar de que en la lejanía le escribía apasionadas cartas de amor, en nada se traducían cuando estaban juntos.

«... su vida de casada era muy desdichada y monótona, se negaba a aceptar que todo se hubiera acabado. Con su abuela y confidente, María Amelia, se lamentaba [...] “hasta ahora he conocido poco de la vida para no desear tener algo que amar y por qué luchar fuera de mi propio círculo doméstico [...] Todo lo que deseo es hacer algo bueno en el mundo y necesito un horizonte más amplio que el que tengo ahora”. Su anciano padre el rey Leopoldo I comprendía su frustración y le disgustaba que su hija, que se había entregado al estudio con tanto esfuerzo, hubiera quedado relegada a un papel secundario dentro de la realeza...»

Todo cambió con la propuesta de Napoleón III, que confió en Maximiliano para ceñirse la corona de México, un regalo envenenado, porque el país se encontraba arruinado y sumido en un caos político interminable tras su independencia de España. Pero allí estaba Carlota, una mujer educada para reinar que insufló en su marido el entusiasmo para modernizar la nación.

Desde el primer instante los emperadores sintieron un profundo afecto y

respeto por los indígenas. En una de sus frecuentes cartas a la familia, ella expresó su desagrado por la discriminación que sufrían a pesar de ser mayoría en México: «Casi todos los indios saben leer y escribir, son inteligentes en extremo y si el clero los instruyera como debe, sería una raza ilustrada. Los gobiernos efímeros nunca han tenido raíces en la población indígena que es la única que trabaja y que permite que sobreviva el Estado.» Por ello, durante su breve reinado Carlota impulsaría importantes leyes para mejorar las duras condiciones de vida de los indígenas.

La nulidad de Maximiliano como estadista no tardó en hacerse visible. Empeñado como estaba en ver otros territorios y demostrar a Europa que viajar por México era seguro —su itinerario se ciñó a las zonas donde el ejército francés podía protegerlo de los hombres de Juárez y de los forajidos que abundaban—, salió de gira. En su ausencia encargó a su mujer que presidiera el Consejo de Ministros. Carlota asumió el poder y desempeñó las funciones de gobierno. Vestida siempre de riguroso gris, su severa presencia imponía. Se tomó muy en serio su cometido y todos se quedaban asombrados de su carácter firme y disciplinado.

«En pleno siglo XIX, en un país como México donde las mujeres vivían relegadas a un segundo plano, fue un escándalo que la emperatriz tomara las riendas del Imperio. Poco a poco fue asumiendo más responsabilidades, pronunciaba discursos, inauguraba escuelas y mantenía reuniones con los diplomáticos y destacados cargos militares. Fue la única mu-

jer que gobernó México. Unas décadas más tarde *Scribner's Magazine* publicó: «Maximiliano era tal vez el peor gobernante que pudieron haber escogido para México, sin sentido práctico. No solo era incapaz de ver las cosas con claridad por su cuenta, también era incapaz de rodearse de consejeros inteligentes. El país necesitaba un gobernante guerrero, práctico, perspicaz, duro. Maximiliano era un príncipe tradicional. Carlota era realmente la mente maestra de los dos, aunque solo tenía veinticuatro años».»

La aventura mexicana fue efímera y terminó de forma trágica, pero fueron los años más felices de Carlota, y no gracias a su marido, quien además tuvo un hijo con una joven amante e incrementó los rumores sobre la infertilidad de su esposa, hiriéndola profundamente. En ese tiempo, la gobernante pudo demostrar sus grandes dotes para la política. Aunque corto, durante su reinado se desarrollaron los ferrocarriles, el telégrafo y se impulsaron leyes de libertad religiosa y de pensamiento. También suprimió los castigos corporales y mejoró las condiciones de vida de la población indígena. Pero su sueño se vio truncado por las fuerzas rebeldes que capturaron y ejecutaron a Maximiliano en 1867. Desde ese momento, el luto se apoderó de su vestimenta. Y la locura, de su cabeza.

Carlota sobrevivió a Maximiliano casi sesenta años. Seis décadas encerrada en sus recuerdos y paranoias mientras a sus espaldas las familias Sajonia-Coburgo y los Habsburgo se disputaban su fortuna. Tras confesar que su matrimonio no había sido consumado, este fue anulado y

la familia real de Bélgica recuperó la dote que con tanta avaricia había peleado el archiduque Maximiliano. Así, la Casa de Austria la borró de su historia y de su linaje. Su gran fortuna fue a parar a manos de su hermano el rey Leopoldo II, el que más detestaba y que se convirtió en su tutor legal. Años más tarde se descubrió que el rey belga invirtió buena parte de las propiedades y joyas de la emperatriz en una colonia africana que fue su propiedad privada y que explotó sin una pizca de humanidad: el Congo.

«Con solo veintiocho años comenzó para ella un triste peregrinar por distintos castillos de Bélgica, donde vivió largos confinamientos hasta que acabó en un profundo abismo [...] se volcó de manera obsesiva en la escritura. Durante largos días y noches, Carlota no dejó de escribir frenéticamente cientos de cartas dirigidas a Napoleón III, a Maximiliano, al teniente francés Joseph Loysel, a Leopoldo II y a innumerables generales franceses. En estas páginas plagadas de delirios megalómanos y fantasías sadomasoquistas evocó sus recuerdos en México, “los más felices de mi vida”. Escribía casi a diario de una a veinte cartas desgarradoras que

nunca se enviaron, pero que nos adentran en un mundo imaginario que nadie pudo comprender porque se encontraba ya muy perturbada. En una de ellas, dirigida al general Douay, confesó: “Estuve embarazada nueve meses de la redención del Diablo, nueve meses de la Iglesia y ahora estoy embarazada del Ejército; hágame dar a luz en octubre”. En otras quería dejar de ser mujer porque su sexo le impidió poder gobernar de verdad su imperio. “Quiero ser un hombre. Si lo hubiera sido, Querétaro no hubiera caído”, escribió, y al doctor Delhaie le pedía: “Venga esta tarde a mi habitación entre las siete y media y las ocho, y azote a la emperatriz de México, despedácela, que no quiero serlo más”.»

Falleció el 19 de enero de 1927, a las siete de la mañana, a causa de una neumonía. Tenía ochenta y seis años y había pasado las últimas seis décadas de su solitaria existencia acompañada de las sombras de su tormentoso pasado. La dama de compañía que estuvo junto a su lecho anotó las misteriosas palabras que la emperatriz susurró antes de exhalar el último suspiro: «Todo esto terminó y no tendrá salida». México seguía en sus pensamientos.

CATALINA LA GRANDE, DUEÑA DE UN IMPERIO (1729-1796)

De nombre Sofía Augusta Federica y nacida en Pomerania, fue una niña muy vivaz, inteligente y curiosa y una joven atractiva con una melena larga y frondosa de color castaño y ojos azul oscuro. Para ella, su madre buscó un buen marido y concertó su matrimonio con el gran duque Pedro de Rusia, un joven delgado, desgarbado, cínico y prepotente que, tras contraer la viruela, quedaría gravemente marcado física y psicológicamente.

A Juana lo único que le importaba es que, gracias a su hija, por la que nunca mostró especial interés, ella podría ocupar un lugar en la historia. A Isabel, la poderosa emperatriz tía del zarévich Pedro, hallar para él una esposa inteligente y saludable que compensara su ineptitud. Y Sofía siempre tuvo claro que no había viajado hasta Rusia para vivir una gran historia de amor, sino para casarse con el heredero de un poderoso imperio. Y así lo hizo.

Con el nombre de Pedro III, el joven subió al trono el 5 de enero de 1762. Comenzó un reinado repleto de excéntricas en el que sembró enemigos por doquier. La pareja real nunca había estado unida —él odiaba a su mujer y así se lo hacía ver—, pero la distancia se hizo insalvable y, cansada de tanto desdén y humillación, su esposa se sumó al golpe de estado para derrocarlo tan solo seis meses después.

«La zarina se puso en marcha al frente de sus hombres, que habían desechado los uniformes azules prusianos y llevaban, como ella, los antiguos trajes militares de Pedro el Grande. El pueblo contemplaba extasiado a esta mujer valiente de larga melena castaña al viento que vestía de hombre, empuñaba una espada y se había colocado en la cabeza una corona de laurel.»

Tras dictar la carta de abdicación de su marido, hizo su entrada triunfal en San Petersburgo, donde fue recibida con entusiasmo por la multitud que se agolpaba en las calles. Coronada y convertida en jefa de la Iglesia ortodoxa y gran madre de Rusia, comenzó a gobernar un gran imperio: bajo su mando el país expandió sus dominios y se convirtió en la potencia hegemónica de Europa oriental.

«De nuevo una mujer —la quinta en la historia— dirigía los destinos del país, aunque el pueblo ruso estaba acostumbrado a ser gobernado por zarinas fuertes y valientes. Enseguida se instaló en su despacho y comenzó a atender los asuntos más urgentes de gobierno. Para granjearse el apoyo del ejército y de la Iglesia, antes que nada revocó las medidas tan impopulares impuestas por Pedro III. Convocó al Senado y firmó los primeros decretos imperiales. Ordenó el cese de hostilidades con Dinamarca, el fin de la alianza con Prusia, aunque dejó claro al rey Federico que su intención era seguir manteniendo la paz, y suspendió la confiscación de los bienes de la Iglesia.»

Catalina se volvió a casar una segunda vez, con Grigori Potemkin, un hombre inteligente, educado y gran conversador que fue, además de un buen amante, un hábil consejero y diplomático, así como un brillante estratega en el que la zarina confió importantes tareas de gobierno. También tuvo muchos amantes y contó con no menos admiradores: era una mujer extremadamente culta e inteligente, así que entre estos últimos se contaban grandes figuras de la época como Di-

derot, Rousseau o Voltaire, con los que mantuvo una fecunda relación epistolar.

Catalina se sirvió de su amistad con estas brillantes mentes para presentarse ante el mundo como una soberana progresista. En los salones literarios de París, tanto Diderot como Voltaire se encargaron de propagar las excelencias de esta mujer «liberal y humanista» impulsora del cambio en Rusia. Un miembro destacado de los círculos intelectuales franceses era el escritor alemán Frédéric Melchior Grimm, que llegó a ser otro de los amigos más íntimos de la zarina. En sus largos años de amistad ella le invitó a San Petersburgo y en sus cartas hablaban libremente de política, religión, literatura o arte. Grimm fue además su confidente y la única persona a la que abrió su corazón y le habló con total franqueza de su vida personal, incluidos sus amantes.

La emperatriz también se tomó muy en serio el apelativo de «madrecita», como la llamaban sus súbditos, y centró sus energías en la educación y la sanidad. Y cuando en la primavera de 1768 una nueva epidemia de viruela asoló el país, la emperatriz no solo pensó seriamente en introducir el nuevo y controvertido método de la inoculación que se estaba probando en Inglaterra. Decidió probarlo en ella misma antes que poner en peligro la vida de otras personas. En los meses siguientes buena parte de la nobleza rusa se vacunó y en las principales ciudades del imperio se crearon clínicas de inoculación que contribuyeron a inmunizar a miles de habitantes.

Catalina fue una voraz consumidora de amor y belleza, y ninguna de sus dos

aficiones iban a resultar baratas. A los amantes descartados les dejaba tan bien posicionados social y económicamente que bien podría haberse considerado un negocio meterse en la cama de la emperatriz. Y en cuanto al arte, se convirtió en la mayor coleccionista y mecenas de la historia de Europa. Para su más de cuatro mil piezas de gran calidad encargó un anexo al Palacio de Invierno: hoy es el famoso Museo Hermitage. Catalina reconocía que no era una experta en arte, pero que le encantaba comprar lo que otros monarcas no podían adquirir: «No es amor al arte sino voracidad. Soy una glotona.»

«... también dedicó sus esfuerzos a embellecer San Petersburgo y sus alrededores. Mandó construir espléndidos edificios públicos como la Academia de las Artes, palacios, mansiones y teatros de un estilo neoclásico sobrio y elegante que contrastaba con la exuberancia barroca de la emperatriz Isabel Petrovna. “Esta manía mía por la construcción es algo diabólico —escribió a su amigo Grimm—, consume muchísimo dinero, y cuanto más construye uno, más

quiere construir. Es una enfermedad como la adicción al alcohol”.»

En los treinta y cuatro años que duró su reinado, Catalina se entregó a las tareas de gobierno con verdadera pasión y vitalidad: «El tiempo no me pertenece a mí, sino al imperio», solía decir. Fue considerada un serio rival en la política internacional por la rápida expansión de su poderío. En los últimos años de su vida, aunque su deterioro físico era evidente, su vitalidad y capacidad de trabajo aún asombraban a los visitantes extranjeros. Ella fue la soberana más respetada de Europa y la última mujer que gobernó Rusia.

«Tenía sesenta y siete años y la noticia de su muerte se extendió veloz por las cortes de Europa. Cuando el príncipe de Ligne, buen amigo de la zarina, se enteró de su muerte, exclamó: “Catalina la Grande (espero que Europa confirmará el nombre que yo le di), Catalina la Grande ya no existe. ¡Es terrible pronunciar estas palabras! ¡El astro más brillante que iluminó nuestro hemisferio acaba de extinguirse!»

EMPERATRIZ CIXÍ, UNA CONCUBINA EN EL TRONO DE CHINA (1835-1908)

Nacida en el invierno de 1835, la llamaron Orquídea aunque, al tratarse de una mujer, nadie registrara su nombre y la inscribieran con el de su clan. La pequeña, de piel blanca y ojos almendrados, había heredado la inteligencia y la energía de su madre, una mujer instruida de la nobleza manchú. Pronto aprendió a leer, a pintar, a jugar al ajedrez, a componer versos, a bordar y a confeccionar vestidos. A los dieciséis años ya sabía leer y escribir chino con bastante soltura.

Con todas estas virtudes, y naciendo en buena cuna, no fue extraño que acabara siendo seleccionada como concubina del nuevo emperador. Allí, en la Ciudad Prohibida, sería conocida como Dama Yehonala y su inteligencia y su perspicacia la hicieron llegar desde lo más bajo del harén hasta el lecho del Hijo del Cielo:

«Nada trascendió sobre lo que ocurrió aquella primera noche, pero al parecer el soberano se quedó prendado y tan satisfecho sexualmente que la ascendió a concubina de primer rango. A partir de ese instante ya no pudo prescindir de ella y la reclamaba cada noche [...] además de practicar el sexo, ambos descubrieron que tenían gustos comunes. A ella se le daba muy bien dibujar y Xianfeng poseía una notable vena artística, como demostraban los bocetos de paisajes, caballos y figuras que había realizado en su adolescencia. También compartían la pasión por la música [...] El tono de su voz “sensual y aterciopelada” le resultaba muy atrayente y como era muy seria y no sonreía a menudo, cuando lo hacía era como un “rayo de sol en la oscuridad”. Sin duda resultaba distinta al resto de las concubinas...»

Cixí logró dar al emperador Xiangfeng su único hijo varón, pero el emperador murió a una edad temprana. Entonces, la emperatriz Zhen fue ascendida de rango a emperatriz viuda, mientras Yehonala no recibió ningún título, a pesar de ser la madre del futuro emperador. Por fortuna, la relación entre ambas mujeres era muy buena y ambas encontraron una solución: que convivieran dos emperatrices viudas y que ambas tuvieran la custodia de Zaichun, el heredero.

«Ahora que ocupaban un alto rango, las dos emperatrices decidieron unir sus fuerzas y preparar un golpe de Estado contra los regentes propuestos por su esposo y tomar el mando de China. No estaban dispuestas a aceptar que el imperio quedara en manos de un grupo de nobles ambiciosos, corruptos y anclados en el pasado que ponían en peligro el futuro de la dinastía. Además les había llegado el rumor de que estos traidores pensaban asesinar a todos los europeos residentes en Pekín y condenar a muerte a los cinco hermanos del emperador. Cixí también despreciaba a los “diablos extranjero”, pero con el paso de los años se había dado cuenta de que resultaba necesario abrir China al exterior para poder prosperar...»

Cuando los miembros del Consejo Regente llegaron a la Ciudad Prohibida fueron recibidos por el niño emperador, las dos emperatrices viudas, los hermanos de Xianfeng y todo un séquito de altos dignatarios que los esperaban y, tras los saludos de cortesía, fueron de-

puestos de sus cargos y detenidos. El tribunal declaró a los miembros de la Banda de los Ocho culpables de traición después de que las dos emperatrices los acusaran de haber falsificado el testamento de su difunto esposo, un crimen que se pagaba con la pena más severa, la ejecución por muerte lenta mediante el descuartizamiento. Pero Cixí se mostró benévola y conmutó la pena a los dos príncipes, quienes a cambio recibieron un cordón de seda, la tradicional invitación a ahorcarse. Su Shun, el ministro más corrupto, fue decapitado. El resto de los implicados fueron expulsados del país y no hubo represalias contra ellos. Al mostrar clemencia con los demás regentes Cixí se ganó en todo Pekín fama por su generosidad y comenzaron a llamar la «madre bondadosa».

«El conocido como golpe de Xinyou fue un éxito y Cixí consiguió una gran popularidad. Había derrocado a unos nobles y políticos odiados por el pueblo chino y lo había logrado con solo tres muertes y con la complicidad de dos hermanos del emperador. Los diplomáticos extranjeros en Pekín se mostraron impresionados ante el valor, la determinación y la astucia de la joven emperatriz viuda, a quien todos consideraban el cerebro de este complot. El enviado británico Frederick Bruce escribió: “Desde luego es extraordinario que unos hombres que llevaban mucho tiempo en el poder, que disponían del dinero del Estado y sus apoyos, hayan caído sin un disparo de resistencia y sin que se haya alzado una voz en su defensa”.»

Oficialmente a partir del 11 de noviembre de 1861 las emperatrices viudas llevaron juntas las riendas del inmenso imperio en nombre del pequeño emperador, pero sería la emperatriz viuda Cixí quien se convertiría en una de las monarcas más poderosas de su tiempo, a la altura de la reina Victoria de Inglaterra. Eso sí, siempre tuvo que gobernar a la sombra, oculta detrás de una cortina de seda, porque como mujer no podía exponerse a las miradas masculinas. Pero las dos emperatrices solo gobernarían hasta que llegara al poder Zaichun, quien recibió como nombre de emperador Tongzhi. Entonces todo comenzó a caer en picado hasta su prematura muerte con tan solo 18 años.

«Antes de morir había pedido a las dos emperatrices viudas que gobernarán el imperio y eligieran al nuevo monarca. Como el joven se había ganado muchos enemigos, corrió el rumor de que “había sido contagiado al introducir en su alcoba un pañuelo contaminado con el virus de la viruela”. Nunca pudo comprobarse, y su muerte, como la de otros miembros de la familia imperial en el pasado, quedó envuelta en el misterio...»

De nuevo en el poder, las emperatrices adoptaron a un niño de 3 años hijo del príncipe Chun. Mientras debían seguir gobernando ellas; y Cixí estaba encantada, aunque tras la muerte de su hijo jamás recuperó la alegría. Con todo, continuó con la modernización del país bajo el lema: «Hacer fuerte a China» —el país llegó a contar con la flota na-

val más poderosa y mejor equipada de Asia—. Pero una vez más tuvo que ceder el poder al heredero. Entonces, ella no sospechaba que se cumplirían sus peores presagios: una derrota contra Japón y el tratado que se vio obligado a firmar el nuevo emperador hizo que las potencias extranjeras aprovecharan la debilidad del imperio y exigieron nuevas concesiones que acabarían desangrando al país. Tampoco sospechó entonces que volvería a gobernar con 62 años.

«El emperador escribió de su puño y letra un decreto en tinta roja en el que anunciaba que la emperatriz viuda se convertía en su guardiana. A partir de este instante el poder estaba de nuevo en manos de Cixí. Su hijo adoptivo era tan solo una marioneta y su Reforma de los Cien Días fue cancelada. De esta manera, a sus sesenta y dos años y cuando menos lo esperaba, Cixí asumió por tercera vez la regencia del imperio. Pero en esta ocasión ya no se ocultó detrás de la cortina amarilla y gobernó a los ojos del mundo sentada en el Trono del Dragón.»

Llegarían tiempos difíciles que harían que Cixí se arrepintiera de las decisiones tomadas. Una de ellas derivó en el sangriento episodio de los bóxers, que la enfrentó a la Alianza de las Ocho Naciones, formada por Japón, Rusia, Reino Unido, Francia, Estados Unidos, Alemania, Italia y el Imperio austrohúngaro —episodio que se cerró a finales de 1900 con el llamado «Protocolo Bóxer»—. Cixí llegó a escribir un manifiesto que llamó «Decreto del Remor-

dimiento» y en él reconocía que había sido la responsable de la guerra de los bóxers y de las atrocidades sufridas por la gente inocente. En sus palabras, que mostraban su profundo y sincero arrepentimiento, se comprometía a cambiar y a comenzar una nueva etapa de su reinado «aprendiendo del ejemplo de Occidente». Fue tan inusual este decreto en boca de una emperatriz que impresionó a los gobiernos occidentales, quienes la reconocieron como una gran líder «a la altura de Catalina de Rusia e Isabel de Inglaterra» y decidieron darle su apoyo.

Cixí falleció a los setenta y tres años en paz y serena. Fue una mujer ambiciosa, inteligente y de gran vitalidad que, desde muy joven, asumió el reto de sacar a su país del aislamiento y modernizarlo sin doblegarse a Occidente. Su máxima prioridad fue hacer fuerte a China y convertirla en una gran potencia. Después de su funeral, propio de su elevado cargo, el imperio que ella creyó a salvo entró en una época oscura de guerra y desorden. Sus sueños no se cumplieron, pero la concubina Yehonala ya había emprendido el viaje a la eternidad.

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Cristina Morató es una reconocida escritora y periodista dedicada a rescatar la vida de mujeres icónicas para mostrar su cara más humana y menos conocida. ¿Habéis leído alguno de sus libros anteriores? ¿Qué es lo que más os llamó la atención de ellos? ¿Qué os parece su estilo y qué destacarías de él?
2. Ahora regresa con *Reinas de leyenda*, dedicado a Catalina de Aragón, Isabel I de Inglaterra, Carlota de México, Catalina la Grande y la emperatriz Cixí. A priori, ¿cuál os causa mayor curiosidad y por qué?
3. Las cinco llevaron sobre sus cabezas las coronas más importantes de su época, pero el poder no estaba reservado para ellas por el mero hecho de ser mujeres. ¿Habéis detectado similitudes en la forma en que se hicieron con él? ¿Cuál de todas os parece que tuvo un papel más relevante y por qué?
4. Sus vidas no fueron las más dichosas. De hecho, en muchas vemos la carencia afectiva, las humillaciones... ¿Podrías elegir a una de ellas y analizar sus luces y sombras y de qué manera estas últimas influyeron en su vida?
5. El destino de Catalina de Aragón estuvo marcado desde pequeña. No es la única, pero al ser sus padres quienes fueron quizás la herencia fue aún más fuerte. ¿Qué opináis? ¿Cómo influyeron sus padres en su vida y su futuro?
6. La relación entre su padre, Fernando II de Aragón, y su suegro, Enrique VII, fue una de las dos que más daño hizo a Catalina. ¿Por qué?

7. Cuando su primer marido murió, podemos decir que su futuro daría un giro de 90 grados. ¿Por qué? ¿Con quién se casó y por qué fue tan importante ese segundo matrimonio y lo que sucedió en él? ¿Cómo influyó en el país y en su futuro?
8. Isabel I de Inglaterra, hija de Enrique VIII y Ana Bolena, pasó de ser una princesa bastarda a dar nombre al glorioso siglo en que reinó, ¿cómo llegó al trono? ¿Qué otras mujeres la ayudaron en su ascenso?
9. ¿Cómo influyó ella a toda esa época de oro de la historia de Inglaterra?
10. ¿Por qué creéis que tomó la decisión de ser «la Reina Virgen»? ¿Afectó esa decisión a su imperio?
11. Catalina la Grande se hizo con el poder tras derrocar a su esposo. Dicho así, parece una traición, pero ¿qué motivos tuvo para hacerlo?
12. ¿Cuál creéis que fue su mayor virtud? ¿Y su peor defecto? ¿Y cómo afectaron ambos a su imperio?
13. Era imposible predecir que Cixí se convertiría en emperatriz, menos aún que mandaría con todo el poder que solo se le reservaba a un varón. Aun así, hubo de hacerlo oculta tras una cortina de seda. ¿Cuál diríais que fue el hito más importante de sus mandatos?
14. Su sueño no llegó a hacerse realidad, pero ella no vivió para ver el fracaso. ¿De qué sueño hablamos? ¿Qué comenzó a suceder antes de que ella muriera?

15. Carlota de México, la joven y culta princesa belga que se convirtió en emperatriz de México, sufrió quizás la peor de las suertes. Podemos decir que vivió pocos años y estuvo muchos muriendo. ¿Qué sucedió?
16. Su esposo, Maximiliano de Habsburgo, le escribía apasionadas cartas de amor cuando la tenía lejos y la ignoraba cuando estaba cerca. ¿Por qué creéis que hacía eso?
17. Fue ella la cabeza tras la corona. ¿Podrías comparar cómo entendía su marido la regencia y cómo la entendía ella? Mencionad algún logro conseguido por ella que haya merecido vuestra atención y explicad por qué os ha parecido relevante.
18. Déspotas, libertinas, desalmadas, arpías, locas... Son solo algunos de los adjetivos que se han unido a sus nombres. ¿Por qué? ¿Son injustos? ¿Se los hubieran dicho de no haber sido mujeres?
19. La posibilidad de ser madres, de tener un heredero varón, era quizás la cualidad mejor valorada de una futura reina. De hecho, cuando no lo eran... ¿Qué sucedía cuando no engendraban un varón?
20. Ellos frente a ellas. ¿Cómo eran los gobernantes que se casaron con estas mujeres? Podéis también destacar uno porque os haya sorprendido más su historia, por el contrapunto con su pareja...
21. Muchos de los monarcas eran niños o adolescentes sentados en tronos. ¿Creéis que de algún modo eso marcaba la forma en que gobernaban —si es que eran ellos quienes realmente lo hacían—? Podéis debatir sobre este tema de la diferencia entre la infancia antes y en nuestros días, la infancia en el poder y su manejo...

22. En muchas de las historias, la falta de amor por parte de los esposos y las humillaciones fueron en parte la chispa que encendió la mecha del barril de pólvora. De haber habido amor en la pareja o si este no se hubiese apagado, ¿creéis que alguna de las historias hubiera dado un vuelco? Juguemos a imaginar ¿cómo habría afectado eso a la historia?
23. Con todo, alguna llegó a conocer, aunque fuera momentáneamente, el amor en brazos de su esposo. ¿Cuál es el ejemplo que más os ha llamado la atención?
24. ¿Creéis que la autora hace justicia por todas estas reinas? ¿Qué os parece el resultado?

LA AUTORA



CRISTINA MORATÓ es periodista, fotógrafa y escritora. Desde muy joven ha recorrido el mundo realizando numerosos reportajes. Durante años alternó sus viajes con la dirección de programas de televisión y colaboraciones en radio y en prensa, trabajos que abandonó para escribir sobre la vida de las grandes viajeras y exploradoras de la historia. En busca de sus rastros recorrió más de cuarenta países. Fruto de su investigación son las obras *Viajeras intrépidas y aventureras*, *Las reinas de África*, *Las damas de Orien-*

te y Cautiva en Arabia. Sus libros *Divas rebeldes*, *Reinas malditas*, *Diosas de Hollywood* y *Reinas de leyenda* reflejan su interés por descubrir el lado más humano y menos conocido de mujeres valientes, poderosas y legendarias. Es también autora de la biografía de Lola Montes, *Divina Lola*. Traducidas a varios idiomas, todas sus obras han sido acogidas con extraordinario éxito de crítica y público. Es miembro fundador de la Sociedad Geográfica Española, y miembro de la Royal Geographical Society de Londres.

